

Biblioteca-Films

MANDRIN

Núm. 26

25

cénts.



**ROMUALD
JOUBÉ**



FESCOURT, Henri

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Urgel, 40, 2.º, 2.º

○ Teléfono 3028 - A
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

Títol
original **MANDRIN** (1923)

«Caudillo de leyenda»

según la célebre obra de Arthur Bernede

Selección «OPTIMA» del

Programa «**Vilaseca y Ledesma, S. A.**»

Vía Layetana, 53

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

INTÉRPRETES

Romuald Joubé . . .	Mandrin
Jacqueline Blanc . . .	Nicole Malicet
Joanna Suter . . .	Tiennot
Jeanne Helbling . . .	Mme. de Pompadour
J. Peyrieres . . .	Louis XV
Mr. Bardés . . .	Voltaire

INTRODUCCIÓN

Puede asegurarse que había asistido a aquella fiesta, dada en el palacio de la marquesa de Pompadour, lo más selecto de la aristocracia, de la política, de la ciencia y de las artes; los más renombrados enciclopedistas, los estadistas de más nombre; hasta el mismo Luis XV quiso honrar con su presencia a la dueña de la casa, su amiga. Y es que aquel día se presentaba en sociedad la deliciosa sobrina de la marquesa de Pompadour, la señorita Nicole Malicet, hija de un agente provinciano del impuesto sobre tabacos.

Acompañada al piano por su tía, la joven Nicole cantó deliciosamente algunas romanzas y una aria compuesta por el célebre Offembach. El rey la felicitó y hasta se dignó acariciarle la mejilla con gran satisfacción de la joven y suma complacencia de la tía. Más de cuatro nobles entre los presentes suspiraron por la niña. Y es que Nicole Malicet tenía grandes atractivos y una belleza clásica verdaderamente notable; si bien, su natural timidez, por la falta de mundo, apagaba un tanto la expresión de su rostro, por tener con demasía sus ojos bajos, sin atreverse a mirar a los que le dirigían la palabra.

Las dulces notas formadas en la garganta de Nicole Malicet hallaron eco en el corazón de uno de los presentes que no tuvo valor para declararse en aquella circunstancia, y esperó hallar ocasión de hacerlo.

I

—Si no podéis pagar, se os embargarán los bienes suficientes para cobrar este recibo.

—Señor, mi hijo Luis ha ido al mercado a vender unas ovejas y es casi seguro que traerá dinero.

—Es que no podemos aguardar más... Si en cada casa y en cada pueblo del Delfinado debiésemos esperar a que tuviesen el dinero no cobraríamos nunca la contribución. Así es que... ¡manos a la obra!... Alguacil, coge esa mesa, aquella cama, ese armario y la cuna.

—Señor, espere usted a que venga mi hijo; ¿dónde vamos a dormir si usted nos embarga la cama?

—Señor cobrador, no se nos lleve la cunita. ¿Dónde vamos a poner a mi hermanito?

—¡Que duerma en el suelo!

En aquel instante entró Luis Mandrin, el primogénito de la familia. Era un joven esbelto, bien proporcionado, más bien delgado que grueso, con grandes ojos negros que daban mucha expresión a su rostro bello y con el cabello rizado. Tenía veinte años.

La vieja madre y la hija corrieron hacia él.

—¡Luis!... ¡Luis!...

—¿Qué pasa?

—El cobrador de contribuciones...

—No os espantéis, ya traigo dinero.

Luis Mandrin acercóse al empleado cobrador.

—Venga ese recibo.

—Son cuatrocientas libras.

—¿Cuatrocientas?... En tres años se nos ha

aumentado la contribución en más de trescientas.

—¿Y a mí qué me cuenta, joven?... Mi misión es cobrar; si tiene usted algo que alegar vaya al director general.

Luis Mandrin desató la punta de un pañuelo y sacó unas monedas de oro que echó sobre la mesa, luego registró sus bolsillos y sacó algunas monedas de plata.

—Eso es todo lo que tengo; cóbrese usted.

El empleado contó. No alcanzaban a doscientas libras.

—¿No tiene más dinero, joven?

—No tengo más; pero vuelva usted el próximo lunes que yo le prometo tenerlo todo; el sábado tenemos la feria...

—No puedo esperar hasta entonces; ahora mismo se van a subastar los muebles hasta obtener las cuatrocientas libras.

Y los alguaciles procedían a apoderarse de los muebles de aquella pobre familia que no disponía de cuatrocientas libras para contribuir a sostener los exorbitantes dispendios de un Estado que necesitaba muchos millones y los exigía del pueblo trabajador y honrado, para sostener el lujo, la molice y la vida licenciosa de un rey vicioso, del indigno Luis XV.

Luis Mandrin cruzóse de brazos y, mientras los alguaciles procedían a separar los muebles que les parecían de más fácil realización, pensaba:

—Nosotros trabajamos todo el año para poder comer y estos esbirros nos vienen a robar lo que no tenemos, para que el rey y los grandes del reino derrochen en vicios y francachélas, mientras nosotros nos morimos de hambre bajo

un régimen de injusticias y exacciones. ¡ Malditos!

Roían su alma estos pensamientos cuando vio que el alguacil sacaba a su hermanito de la cuna y lo recostaba en el suelo, para apoderarse de aquel mueble.

—No, eso no—gritó furioso Luis Mandrin al alguacil—. No toque usted a mi hermanito de esa cuna si no quiere que le corte la mano.

—¿Cómo se entiende?—regañó el cobrador—. ¡ Alguacil, obedece!

Mandrin cogió una silla y con un movimiento rápido la rompió encima de la cabeza del inhumano cobrador, luego volvióse contra el alguacil y le arrimó media docena de puñetazos.

Comprendió el joven que su acción violenta no quedaría impune y huyó hacia la montaña.

Desde aquel día Luis Mandrin juró ser el vengador de las víctimas del fisco, y se constituyó en capitán de una cuadrilla de contrabandistas que, con una vasta organización, trabajaba en todas las fronteras de Francia. Ni él ni sus hombres cometieron jamás el más pequeño robo ni sus manos se mancharon en sangre; su misión era introducir en Francia géneros para hacer beneficiar de ellos a los pobres campesinos y a los menesterosos, y defender a éstos de las gabelas y exacciones del Estado. El nombre del Capitán Mandrin se hizo célebre en todo el reino; pusiéronse en movimiento contra él y sus secuaces verdaderos ejércitos y ofreciéronse primas fabulosas para quien lograra cautivarle; pero todo fué inútil: Mandrin fué, durante una decuria, un héroe de leyenda, perseguido por los de arriba, querido por los menesterosos y admirado por todos.

II

Cierto domingo llegó a Bojón, en el Delfinado, un grupo de jinetes llevando en las grupas de sus corceles sendas sacas.

Cuando llegaron a la plaza del pueblo, los sencillos campesinos les rodearon con curiosidad. El que parecía jefe de los recién llegados, sin apearse del caballo, habló así:

—Bojoneses, yo soy Mandrin.

Un murmullo se produjo; encontrados sentimientos de temor y de admiración pintáronse en los semblantes de los campesinos.

—Yo soy Mandrin—repitió—; mas no temáis nada. Se me hace pasar por un criminal; pero os aseguro que mis manos no se han teñido nunca en sangre, ni me remuerde la conciencia de haber robado ni un sueldo a nadie. Mi misión es librar a los pueblos del yugo ignominioso de los impuestos fiscales que pesan sobre los pobres contribuyentes; mientras el Rey y los nobles se refocilan en medio de placeres con nuestro dinero. ¡Bojoneses, abajo las contribuciones!...

—¡Viva Mandrin!—gritó una vieja.

—¡Viva!—contestaron todos.

Apeóse Mandrin, y sus compañeros, en número de doce, le imitaron, dirigiéndose a casa del agente del impuesto sobre tabacos, señor Malicet.

Llamó el capitán a la puerta y abrió la criada Martine.

—¿Qué desean?

—¿Está el señor Malicet?

—Entren, entren.

Entró Mandrin seguido de sus hombres. En un gran salón que también servía de comedor, sentado en una poltrona, dormía profundamente el grueso Malicet roncando estrepitosamente. A su lado cosía su esposa, la cual, al ver a los



... acompañada al piano por su tía... (pág. 2)

recién llegados, dejó la costura, púsose en pie y se inclinó diciendo:

—¡Señores!...

Y deshízose en saludos.

—¿El señor Malicet?—preguntó Mandrin.

—¡Arturo! ¡Arturo!—gritaba la señora, dando golpecitos en el hombro de su esposo.

Este tardó en despertar. Cuando abrió los ojos y vió delante de sí a Mandrin y a los suyos, dijo sin moverse, medio atontado por el sopor:

—Diga, diga.

—Señor Malicet, yo soy Mandrin.

Al oír este nombre el agente abrió los ojos desmesuradamente, espantado, exclamando:

—¡Mandrin!...

—No tema usted nada, señor Malicet. ¿Tiene usted la llave del cofre?

—Pero...

—Es inútil su resistencia. Venga la llave.

—El dinero que tengo en el cofre no es mío, es del Estado.

—Por eso lo vengo a buscar. Su dinero no lo quiero, guárdese; deseo que me entregue todo el importe de sus recaudaciones... ¡Venga la llave!

Malicet se puso en pie.

—No se lo puedo dar.

—¿No?

Mandrin hizo una seña a sus hombres, y cuatro trabucos apuntaron al grueso recaudador, que exclamó asustado:

—Tenga usted, tenga la llave... ¡Con esos argumentos cualquiera se convence!

—¿Dónde está la caja de caudales?

—Allí.

En pocos instantes la caja quedó vacía, los compañeros de Mandrin llenaron de dinero sus faltriqueras y sus sombreros.

—Ahora, señor Malicet, le vamos a extender un recibo de lo que nos llevamos y a entregar cuatro sacas de tabaco en pago de ese dinero. Es un tabaco excelente: es belga... Señora—

prosiguió Mandrin, dirigiéndose amablemente a la esposa del recaudador—os suplico nos perdone usted el mal rato que le hemos hecho pasar; para desagradarla de algún modo, acepte usted un pequeño obsequio. ¡Mi-Carême!—llamó Mandrin; y un hombre bajito y barrigudo se acercó—. Mi-Carême, saca los cajés.

El interpelado despojóse de una faja y empezó a desenrollar unas piezas de preciosos encajes que arrollados llevaba a la cintura. Mandrin tomó las puntillas y las entregó a la señora con mucha galantería.

En aquel instante entró en la habitación la hija del señor Malicet, la hermosa joven Nicole, a quien ya hemos visto en el Palacio de su tía la marquesa de Pompadour.

—Mi hija Nicole—presentó la señora Malicet—; el señor...

—Mandrin—interrumpió el capitán.

—¿Mandrin?

—Sí, sí, el mismo. ¿Verdad que en París todos me tienen por criminal? No lo crea usted, joven; si los desvalidos de Francia pudiesen hablar...

—¡Mandrin!—volvió a exclamar la joven.

—Supongo que no le causo miedo.

—No, no, señor Mandrin.

Los señores Malicet pusieronse a hablar; Mandrin hizo seña a sus subalternos quienes salieron llevándose el dinero.

El capitán volvióse a la joven que le observaba con curiosidad y quizás con un poco de interés.

—Señorita, celebros conocer a usted; he leído en las hojas públicas sus triunfos en París,

en casa de su tía, dicen que canta usted como los propios ángeles.

—¡Mandrin!... Yo también he tenido una verdadera satisfacción en conocer al héroe...

—¿Sin cumplidos?

—De corazón

—Pues para que usted conserve un recuerdo de mi estancia en esta casa, guarde usted este anillo.

El capitán entrególe una sortija de oro con un brillante.

—Gracias, la conservaré como un recuerdo de Mandrin.

—Que no la olvidará... Adiós, señorita—y en voz baja—: ¡Volveré!

—Adiós, *amigo*...—y en voz reservada—: ¡No tarde!

—¡Adiós, señores!

Salió Luis Mandrin y halló a sus hombres rodeados de gentes del pueblo entre quienes distribuían monedas de plata. Dirigióse la cuadrilla a la casa parroquial; a la puerta, el viejo párroco oía admirado los relatos de los campesinos.

—Señor cura—le dijo Mandrin—, ¿tiene usted muchos pobres en la parroquia?

—Casi tantos como feligreses. Aquí todos viven de la tierra que nos alimenta a todos. Pero los impuestos y contribuciones se nos llevan los pequeños ahorros.

—Tenga, reverendo, aquí tiene usted este dinero para los más necesitados.

—No, no; yo no debo recibir ese dinero. Cristo nos prohíbe...

—Cristo nos manda socorrer al desvalido y prohíbe al poderoso abusar de su poder contra

el indefenso y el pobre. Señor cura, tome usted este oro, se lo da Mandrin para sus pobres.

—Si tanto se empeña...

Y Mandrin entregó al cura de Bojó tres saquitos llenos de monedas de oro.

Fuése Luis Mandrin con sus hombres llevando grabada en su alma la imagen de la hermosa hija de Malicet.

III

Desde aquel día, Nicole, herida de amores, suspiró por el gallardo doncel que le había robado la tranquilidad. Cada tarde salía a pasear sola por lo campiña esperando su llegada. Aun resonaban en sus oídos aquellas palabras: «Volveré». Mas cada hora que transcurría sin que se cumpliera su promesa, aumentaba su cariño hacia el contrabandista.

Volvió Nicole de la campiña a la caída de la tarde, después del diario paseo; de pronto oyó el galopar de dos caballos; volvióse y vió desaparecer a dos jinetes. —«No es él»—pensó, y continuó su camino. Un momento después, al bordal de los corrales de su casa llegaba, cuando vió a un anciano fraile mendicante que le tendía la mano apoyado en la pared, con el cachón calado hasta la nariz.

—Hermano, no llevo dinero, pase usted hasta la puerta, que mi padre le socorrerá.

—¿No podría albergarme por una noche aunque fuese en el corral?

—¿Por qué no?... Venga, hermano... En el pajar estará usted muy bien.

Adelantóse Nicole seguida por el fraile; entraron en el corral, atravesaron un huerto; al

llegar a un rústico banco de piedra el anciano fraile enderezóse, levantó la capucha, dejó caer el hábito y cogiendo la mano de la joven exclamó:

—¡ Nicole !

Volvióse ella.

—¡ Mandrin !

—Le dije que volvería y he cumplido mi palabra.

—Y yo le esperaba.

—La creo, Nicole; cuando me despedí de usted el otro día, comprendí que no le era indiferente.

—He pensado mucho en usted, mucho.

—Y yo sólo anhelaba poder volver a hablarla, por eso he dejado a mis hombres y he venido solo acompañado con Tiennot, que no quiere apartarse de mí, y me espera guardando mi caballo tras la puerta de aquel corral.

—Yo, Mandrin, le esperaba, porque, en efecto, usted no me es indiferente; pero muy triste porque lleva usted esa vida de...

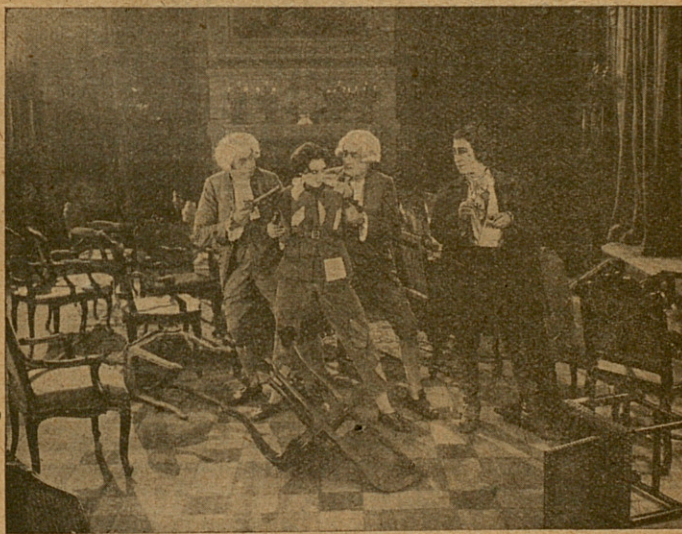
—Mi vida no tiene nada de particular; mi lema es perjudicar al Estado y socorrer a los menesterosos. No tema, Nicole; yo la amo, y nada en el mundo podrá separarme de usted; el amor salta sobre todos los convencionalismos y vence todos los obstáculos. Yo, para poseerla, Nicole, sería capaz hasta de abandonar esta vida aventurera.

—Y yo, Mandrin, me siento tan atraída hacia usted, que me vería con ánimos de seguirle hasta en esas aventuras. Seré feliz sólo a su lado.

Mandrin tomó la mano de la joven y apretó-sela contra su pecho.

—Nicole, desde hace ocho días mi pecho no suspira más que por y para usted...

En aquel momento, una carroza seguida de un pelotón de soldados bordeaba las tapias del jardinito donde se hallaban ambos jóvenes.



...mientras los criados le conducían... (pág 30)

—Mandrin, sálvese. Llegan tropas.

—Me vienen persiguiendo. Nicole, no sufra por mí. No han de cazarme por más que hagan.

Y Mandrin volvióse a poner el hábito de fraile mendicante, cubriéndose con el capuchón.

—¡ Adiós, Nicole !... ¡ Guarde este recuerdo !—y la besó.

—¡Adiós, Mandrin!... Piensa que te amo con todo mi ser—díjole tuteándole la hermosa joven, y huyó hacia su casa.

Poco después un fraile curvado por el peso de los años pasa por delante de un pelotón de soldados mandados por un capitán, los cuales alineados a lo largo de la pared esperan órdenes del señor conde Bouret d'Etigny, arrendatario general de tabacos, que, juntamente con el agente «Pistolet», han penetrado en casa del señor Malicet.

Subió el fraile los seis escalones por los que se alcanzaba la entrada de la casa Malicet y escuchó la conversación de Bouret d'Etigny con el padre de Nicole; así quedó un buen rato en actitud de llamar a la puerta, siguiendo aquella interesante conversación; mas el capitán que mandaba el piquete de soldados, al ver la actitud espante del fraile, sospechó de él y ordenó su captura. Apercibió Mandrin—que otro no era el religioso—la intención del capitán y echó a correr perseguido por los soldados: ya daban con él; mas abrióse la puerta de un corral donde esperaba «Tiannot» con los caballos, y huyeron de la persecución hacia el castillo derruido donde tenía su guarida la cuadrilla mandada por Mandrin.

Volvamos a la casa del agente Malicet.

Cuando llegaron al domicilio de Malicet, el arrendatario general señor Bouret d'Etigny y el oficial «Pistolet», llamaron al dueño de la casa.

—Señor Malicet—le dijo d'Etigny—, usted ha entregado los fondos de la Arrendataria a un malhechor, recibiendo de él tabaco y otros géneros, y venimos a detenerle.

—Señor agente—contestó Malicet—, me obligó Mandrin por la fuerza...

—Lo sé, por la fuerza le quitó el dinero; pero no se admiten por fuerza sacas de tabaco, encajes y sortijas.

—¿Sortijas?

—Sí; pregúntelo a su hija.

Al oír esto, la señora Malicet fué en busca de Nicole, que en aquel momento entraba, después de haber dejado a Mandrin.

—Señorita—le dijo d'Etigny—, ese anillo que usted lleva, lo recibió de Mandrin. ¿No es cierto?

—¿Quién osa inmiscuirse en mis asuntos particulares?

—El arrendatario general, Bouret d'Etigny, que viene a comunicar la orden de prisión contra sus padres. «Pistolet»—mandó d'Etigny—, llévase a los señores Malicet.

—¡No, no! ¿qué crimen han cometido?—preguntó Nicole con desesperación.

—Obedezca, «Pistolet».

Los padres de Nicole fuéronse con «Pistolet» a una habitación inmediata. En aquel momento llegó a la puerta de la casa, Mandrin, disfrazado de fraile y oyó toda la conversación siguiente de Nicole y d'Etigny.

—Señor d'Etigny, ¿podría saber por qué se detiene a mis buenos padres?

—Le advierto, hermosa señorita Nicole, que usted puede salvar a sus padres.

—¿Cómo?...

—¿Quiere usted tener la amabilidad de oírme un momento?

—Sí, sí, hable usted.

—Síntese. Hace dos meses se celebró en

París, en el Palacio de la marquesa de Pompadour, una fiesta para presentar en sociedad a una deliciosa criatura, sobrina de la marquesa.

—Lo recuerdo, lo recuerdo.

—Aquella hermosa joven cantó, y sus notas aun vibran en el corazón de uno de los asistentes a aquella reunión, como ecos del cielo...

—¿Puedo conocer su nombre?

—Bouret d'Étigny, señorita.

—No comprendo cómo se relacionan este recuerdo y el asunto de mis padres.

—Si usted corresponde, casándose conmigo, al cariño que despertó en mi alma, sus padres serán perdonados; si usted rehusa, partirán inmediatamente para ir a presidio: escoja.

—Esto es una canallada.

—No, señorita; esto es amor que usted misma ha suscitado en mi pecho, es el destino que nos quiere juntar: no vaya usted contra el destino.

—¿De modo que si yo no accedo a sus deseos...?

—Sus padres irán a presidio.

—Pues bien, no y no; no quiero casarme con un hombre a quien no amo.

Al oír Mandrin estas palabras, olvidando la gravedad monacal, hizo un movimiento como de querer abrir para aplastar a aquel hombre; mas fué visto y perseguido como queda d'cho.

Levantóse Bouret d'Étigny, fué hacia la habitación donde esperaban los señores Malicet y dijo en voz alta:

—«Pistolet», maniatados a Grenoble.

—No, no—gritó Nicole—, tenga piedad de mí, señor d'Étigny.

—Ya lo sabe, Nicole, tiene usted que ser mi

mujer, de otro modo sus padres van a presidio.

Nicole bajó la cabeza. Su alma sufría una lucha horrible: ella no podía ser feliz más que con el hombre a quien amaba tiernamente; pues bien, sacrificaría su felicidad para salvar el honor de sus padres y librarlos del ludibrio. Se secó unas lágrimas y después de una pausa dijo a d'Étigny:

—Señor d'Étigny, lo he pensado; seré su esposa.

Bouret d'Étigny dió orden de que se pusiese en libertad a los señores Malicet y dispuso llevar a toda la familia a su castillo, cercano a Grenoble, para proceder a los preparativos de la boda.

IV

Luis Mandrin acaba de dar las órdenes pertinentes para que se preparen, en el castillo derruido que sirve de vivienda a él y a los suyos, las mejores habitaciones para hospedar cómodamente en ellas a una mujer a quien piensa traer.

Algunos de sus hombres ríen maliciosamente y se hacen signos de inteligencia.

—Debéis saber—les dice Mandrin—que exijo para esta mujer, que próximamente vendrá aquí, el respeto que se debe a la Virgen, ¿entendéis?... ¡Es muy hermosa!

Tiennot, el joven contrabandista más guapo y valiente de la compañía, que no se separaba nunca del capitán, apartóse entristecido al oír aquellas palabras de Mandrin.

—¿Qué tienes, Tiennot?—preguntó el jefe.—Parece que te disgustan mis disposiciones.

—Claro, ¡una mujer!... ¡Una mujer hermo-

sa!... Recuerde, capitán, que todos los males del mundo nos han venido por una mujer.

—Y los bienes también.

—Viniendo aquí una mujer, pronto se acabará nuestra tranquilidad.

—No te entiendo... Mira, Tiennot, prepara los caballos y vente conmigo; tenemos que ir a Bojó á buscar a Nicole, de quien te he hablado.

—Vamos—contestó Tiennot malhumorado.

Antes de partir, el capitán dió esta orden a sus hombres:

—Si a las cuatro no estamos de vuelta, venid todos a Bojó.

Un momento después Mandrin y Tiennot cabalgaban en busca de la hermosa Nicole.

Llegaron a Bojó y se dirigieron a casa del señor Malicet. La criada Martine salió a recibirles y les dió la mala noticia de que sus señores habían partido en compañía de Bouret d'Etigny.

—¿Y Nicole?—preguntó Mandrin.

—También se fué con ellos; creo que la señorita Nicole se debe casar con el señor d'Etigny.

—¡Me alegro!—observó Tiennot.

—Yo no—dijo Mandrin—. ¿Y no sabes dónde han ido?

—Lo ignoro. Quien lo debe saber es el caballero que estuvo aquí ayer con el arrendatario general.

—¿Pistolet?

—Sí, sí; así le llamaban. Ahora está en el vecino pueblo de Mignat cobrando las contribuciones.

—Está bien. Gracias, Martine. ¡Vamos!...

Salieron los dos contrabandistas de Bojó y sentáronse en un bosque cercano, en espera de sus compañeros.

—¿Traes algo que comer, Tiennot?

Sin contestar levantóse el joven y fué hacia



En la capilla del castillo... (pag. 30)

su caballo atado, como el del capitán, a un pino. Sacó de una bolsa sujeta a la silla un paquete y una bota y llevóselos a Mandrin.

—Pareces triste, Tiennot. ¿Qué tienes?

—Nada.

—Me vas a decir enseguida porqué estás tan preocupado.

—No; no tengo nada.

—Hace dos años que estás a mi lado y nunca te había visto así... Quiero me digas lo que tienes.

—¡Capitán!...

—¡Vamos, se acabó! ¿Qué significan esas lágrimas?

—Esa mujer...

—Esa mujer ¿qué?... Yo la amo, ¿qué tiene de particular? ¿Te parece que no es digna de mi amor?

—No es eso... es que...

—Revienta de una vez. Estás llorando como una mujercilla, tú tan hombre y tan valiente; tú, Tiennot. Estás desconocido... ¡Habla!

—Capitán, voy a desgarrar el velo de un secreto.

—Habla, habla sin miedo.

—Por san Juan hará tres años fué condenado a muerte en Toulouse un contrabandista célebre en toda la comarca pirenaica. Aquel hombre que no había cometido otro crimen que el que cometemos nosotros, dejó una hija de diez y siete años, llamada Emilia.

—¿Hermosa?

—No lo sé; pero era una buena hija y juró vengar a su padre. Alistóse en una banda de contrabandistas de cuyo jefe se enamoró y no sin razón, pues aquel jefe era joven, hermoso y valiente. Mas un día éste se prendó a su vez de otra mujer, y la hija del ajusticiado se entristeció de tal modo que...

—¿Murió de pena?

—Poco faltó.

—No hubiese cometido yo tal villanía.

—Y eso que la joven contrabandista había

salvado varias veces a su jefe de la muerte.

—¡Follón fué el amigo!

—Y muy ingrato.

—Bueno, ¿y dónde vas a parar con esta historia?

—El contrabandista que fué ajusticiado hará tres años por san Juan... ¡era mi padre!

—¡¡Tu padre!!

—La hija que quiso vengar su muerte soy yo.

—¿Tú, Tiennot?

—Sí, sí; yo soy Emilia.

—¡Oh!... ¿Tú eres mujer?

—Por mi desgracia.

—¿Y me amabas en secreto?

—Le amo, Mandrin, desde el primer día que me admitió usted en su compañía.

—Pero ¿qué sabía yo?... Es menester que no divulgues tu condición de mujer... Los compañeros deben ignorarlo.

—Y usted, Mandrin, olvidar cuanto le he dicho.

—¡Es horrible!... Bueno, Emilia, admito tu cariño y te corresponderé amándote como una hermana...

—No, no, capitán; ese cariño yo no lo admito. Llámeme Tiennot. Yo continuaré siendo su ayudante y le protegeré contra todo peligro. Hágase cuenta de que no le he dicho nada.

Púsose Tiennot en pie, y señalando el camino que serpenteaba la montaña, dijo:

—Mire, capitán, por allí vienen nuestros hombres.

—Tiennot, quiero saber el paradero de Nicole que solamente conoce el agente «Pistolet»; es menester que vayas a Mignat, donde se halla

ahora y te inventes un engaño para hacerle venir.

—Le haré creer que usted está solo en el bosque de Bojó y...

—Nos apostaremos todos a la entrada del pueblo y le pescaremos.

—Yo me presentaré a él vestido de mujer.

—Volando, ¿eh?

Salió Tiennot sobre su caballo y desapareció. Todo salió como lo había previsto Mandrin. Acudió «Pistolet» ansioso de ganar la prima ofrecida por la Dirección General de Contribuciones por la captura del célebre contrabandista. Ya se frotaba las manos de gusto cuando de ambos lados de la carretera salieron ocho hombres armados que se apoderaron del flamante «Pistolet» y lo llevaron al bosque donde esperaba Mandrin.

—Amigo «Pistolet»—le dijo el caudillo—, de Bojó ha desaparecido la familia Malicet. Me interesa saber el paradero de la joven Nicole; si es usted bastante amable de decirme su paradero, le dejaremos ir tranquilo.

—¿Y si no se lo digo?

—Entonces me vería en la precisión de arrancárselo por la fuerza.

—Creía que Mandrin no se había nunca manchado con sangre.

—Por última vez, señor «Pistolet», le suplico me diga donde se halla Nicole.

—No se lo diré.

Mandrin hizo que ataran al agente por los sobacos con una soga y lo suspendieran de la rama de un árbol a una vara del suelo. Luego hizo encender una hoguera bajo sus pies des-

calzos. Cuando las llamas empezaron a lamerle las plantas de los pies, «Pistolet» gritó:

—Ya lo diré, ya lo diré.

Se le desató y confesó que Nicole estaba con su familia en el castillo d'Etigny, cerca de Grenoble.



En el centro de mi espacioso salón... (pág. 31)

—Cuando haya comprobado la certidumbre de sus palabras, quedará usted libre; entretanto mis amigos le guardarán en la misma casa del señor Malicet.

Y, en efecto, seis hombres armados, de la

cuadrilla, condujeron a «Pistolet» a dicha casa donde le tuvieron prisionero.

V

—Señor conde, una compañía de comediantes desea dar una función en el teatro del castillo después de la boda.

—Diles que entren.

Salió el criado y a poco pasaron al jardín y luego al vestíbulo del castillo, donde se hallaba el conde d'Etigny, con algunos de los invitados a la ceremonia, unos alegres comediantes, un pierrot, un Arlequín con su correspondiente Colombina, dos saltimbanquis, que entraron dando zapatetas y tumbones y varios más hasta diez.

Aquel día se celebraba en el castillo d'Etigny, cerca de Grenoble, la boda del conde Bouret d'Etigny con la hermosa sobrina de la marquesa de Pompadour.

La fiesta se había tenido que aplazar dos días por indisposición del cura de Bojó, según carta que se había recibido en el castillo; por lo cual dicho cura había mandado un sustituto que fué el que casó a los novios.

Contrastaba la alegría del conde d'Etigny con la tristeza de la novia: ésta tenía su pensamiento fijo en Mandrin.

Después del banquete todos pasaron al salón-teatro donde debía darse una función de magia por la compañía ambulante que había llegado aquella mañana.

Un hábil prestidigitador verificó algunos juegos de escamoteo: primero hizo desaparecer un huevo, luego un abanico, una silla.

—Señores—dijo el prestidigitador—, del mismo modo haré desaparecer a la persona más respetable de la concurrencia.

—A mí, a mí—gritó la señora Malicet levantándose de su asiento.

—Es usted demasiado voluminosa, señora—observó el prestidigitador—; con más facilidad haré desaparecer a la mujer más hermosa.

—¡A mi hija!—contestó la señora Malicet.

—A esa sí. La haré desaparecer de la vista de los presentes y la haré volar...

—Sí, sí—gritaron todos.

—Sube, Nicole—le dijo el conde d'Etigny.

Subió al escenario la desposada. Dos de los comediantes extendieron un lienzo situándose la señora d'Etigny detrás del mismo. Mientras el prestidigitador distraía con su charla a la concurrencia, acercóse uno de los comediantes a Nicole, oculta por el lienzo a las miradas de los asistentes, y díjole:

—Nicole, soy Mandrin; no tema nada.

Y el contrabandista cogióla en sus brazos y huyó por el foro.

El prestidigitador tiró del lienzo que había ocultado a la desposada, y dijo:

—¡Ya está!... Ahora, señores, la señora d'Etigny aparecerá en el fondo del salón.

Todos volvieron sus miradas al fondo de la sala, mientras se bajaba el telón y huían los cómicos, que no eran otros que los compañeros de Mandrin. En las afueras del castillo había caballerías dispuestas al efecto, en los que pudieron escaparse; llevando Mandrin en la grupa de su montura a la mujer que amaba,

VI

Retrocedamos. «Pistolet», después de dos días de prisión en casa de los Malicet, hizo traer a la criada Martine vino en abundancia y convidó a sus guardianes. Estos bebieron sin tino y quedaron ebrios, pudiendo entonces escapar «Pistolet», que se apresuró a ir a Grenoble para avisar a d'Etigny con el fin de que se pusiese sobre aviso, pues Mandrin buscaba a Nicole; pero había llegado tarde: hacía apenas una hora que Nicole había desaparecido; toda la casa estaba revuelta, pues se había encontrado clavado en el propio dormitorio de d'Etigny un cartelón con este escrito: *Bando. Por orden del señor Mandrin, capitán general de los contrabandistas de Francia, queda prohibido, bajo pena de muerte, al arrendatario general Bouret d'Etigny, penetrar en la alcoba de su esposa la noche de novios.*

Mandrin.

En el momento de huir la banda del célebre contrabandista, los criados lograron apresar a uno de los fingidos comediantes, un arlequin. Mientras los criados le conducían a presencia de d'Etigny, llegó «Pistolet» que reconoció en el cómico a Tiennot.

VII

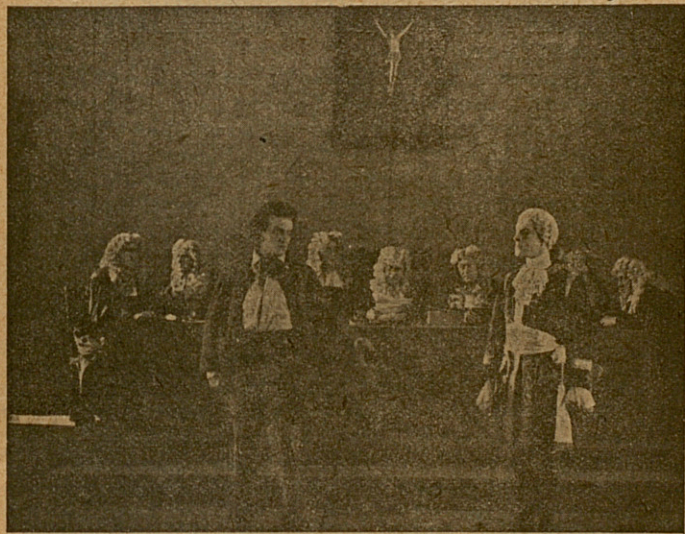
Llegó Mandrin con Nicole y los suyos al castillo que habitaban cerca de la frontera suiza.

—Mandrin—le dijo Nicole—, si me hubieses raptado unas horas antes, hoy podría casarme contigo; pero ahora ya estoy casada.

—Ja, ja, ja... No lo creas. ¿Tú sabes quién ofició de ministro en tu casamiento?

—Tenía que ser el cura de Bojón; pero nos escribió excusándose y mandándonos un sustituto.

—Pues bien, ese cura que te casó era yo mismo.



Mandrin fué condenado a muerte... (pág. 30)

—¿Cómo?

—Sí; la carta que escribió d'Etigny al cura de Bojón la intercepté yo; y la que se recibió en el castillo la escribí yo también, y el cura que llegó al castillo para casaros, era Mandrin disfrazado de sacerdote, con una peluca puesta. De modo que aun eres soltera y nos vamos

a casar con un cura de verdad, con el de Bojó, que llegó ayer a este castillo.

—¡Qué alegría, Mandrin!

En la capilla del castillo, arreglada para la circunstancia, se verificó el casamiento de Mandrin con Nicole en medio de una gran alegría de toda la cuadrilla.

Terminada la ceremonia, un centinela corrió a avisar a Mandrin que llegaban hacia el castillo tropas precedidas de algunas personas principales a caballo. Salió Mandrin hasta uno de los parapetos desde donde se dominaba todo el valle y comprobó era cierto cuanto había dicho el centinela. Reunió a sus hombres.

—Amigos, no hay tiempo que perder. Ya sabéis que por el subterráneo secreto que hay en esta capilla podemos ir hasta Suiza, hay apenas media legua. ¡Huyamos!

Mandrin tocó un resorte secreto en la mesa del altar, y levantóse una trampa en el mismo presbiterio. Todos bajaron iluminándose con los cirios del altar, cerrando tras sí la trampa, y siguiendo por una galería subterránea, fueron a dar a los sótanos del castillo del Buen Reposo, situado en Suiza, cerca de la frontera francesa. Para ver si el castillo estaba o no habitado, Mandrin dejó a su mujer, a sus compañeros y al cura de Bojó en los sótanos y él se aventuró a subir al castillo.

En el centro de un espacioso salón, rodeado de bibliotecas, sentado en una mesa cubierta con un tapete aterciopelado, un venerable anciano de melenuda y blanca cabellera escribía con la faz sonriente. Mandrin acercóse hasta el anciano, sin que éste levantara la cabeza;

cuando estuvo a su lado, al verle embebecido en su escrito, se atrevió a decir:

—¡Señor!...

Levantó el anciano la cabeza con gran tranquilidad, y sin inmutarse lo más mínimo, dijo con sencillez:

—Usted dirá, joven.

—Señor... Yo soy Mandrin.

El viejo se levantó sonriente.

—¿Mandrin el contrabandista?... ¡Hombre, me alegro que haya venido usted a esta casa.

—El caso es que no he venido solo: mi mujer y mis compañeros esperan en los sótanos.

Y en pocas palabras contó su odisea.

—Pues diga usted a su señora y amigos que Voltaire les espera y les ofrece su castillo del Buen Reposo.

—¡Voltaire, el gran escritor!... Señor Voltaire, su amabilidad me confunde.

—Nada, nada; dígales que suban.

Y el gran enciclopedista no sólo albergó sino que cedió su castillo a Mandrin y a los suyos.

Durante la comida con que Voltaire obsequió a Mandrin y a los suyos, el capitán notó la ausencia de Tiennot y como le dijeran que había quedado prisionero de Bouret d'Etigny, levantóse de la mesa y dijo:

—Voy a buscarle; él me ha salvado la vida varias veces y no es razón de que yo le abandone a su mala suerte.

Nada le hizo desistir de su propósito: ni los ruegos de Voltaire, ni las lágrimas de Nicole, ni los peligros a que se iba a exponer.

Entrada ya la noche regresó Mandrin en compañía de Tiennot. El vestido de arlequín con que se traecía éste evidenciaba su condición

de mujer; por lo cual Nicole reprendió a su marido que la hubiese dejado a ella para ir en pos de otra mujer. Mas Mandrin replicó a su esposa su verdadera relación con aquella aventurera que si bien ella le amaba, él nunca había experimentado para ella el menor cariño, y sí sólo el agradecimiento por haberle salvado la vida.

VIII

Los perseguidores de Mandrin hallaron deshabitado el castillo derruido donde los contrabandistas habían tenido su guarida; pero guiados por «Pistolet», que había consultado en el archivo de un notario, pudieron hallar el paso subterráneo que conducía al castillo del Buen Reposo y aquella noche los soldados de Bouret d'Étigny sorprendieron a Mandrin a quien apresaron en la residencia de Voltaire.

El célebre capitán de contrabandistas fué conducido al presidio de Grenoble y Nicole encerrada por orden de d'Étigny en el convento de Paray-le-Monial.

Mandrin fué condenado a muerte y Nicole a consumirse en el precitado convento de clausura.

Tiennot amaba a Mandrin con un amor heroico y desinteresado, y trabajó poniendo a contribución su energía y su imaginación ayudadas por el inmenso amor que sentía hacia su capitán.

Tiennot disfrazóse de noble caballero y fué a Fontainebleau donde residía la tía de Nicole, madame de Pompadour; y, gracias a su disfraz, fué recibido por la marquesa, a quien enteró de la persecución de que su sobrina había sido ob-

jeto por parte de d'Étigny, que la tenía encerrada en el convento de Paray-le-Monial, separándola de su verdadero esposo. Agradeció la señora de Pompadour el aviso. Fué a ver al Rey, de quien obtuvo orden de proceder contra d'Étigny. Luego la Pompadour fué a Paray-le-Monial a buscar a Nicole. Esta le enteró de cuanto había pasado.

Mucho molestó a la favorita de Luis XV que su sobrina se hubiese casado con un aventurero; pero convencida de que en cuestiones de amor manda el corazón, prometió interesarse cerca del rey para obtener el indulto de Mandrin, que había sido condenado a muerte por la audiencia de Grenoble. Cuando la marquesa habló con el monarca fácilmente obtuvo el indulto; pero ¡oh dolor! cuando éste llegó a Grenoble, Mandrin había sido ajusticiado. Así lo anunciaron las hojas públicas. Nicole quedó anonadada.

Lloraba aquella noche la hermosa joven la muerte de su amado, sentada en un banco de piedra en los reales jardines. De pronto vio a un hombre que se acercaba y pensó fuera uno de los jardineros. Cuando el recién llegado estuvo a pocos pasos de Nicole, llamó a ésta:

—¡Nicole, Nicole!

—¿Quién?...

—Soy yo, ¿no me reconoces?

—¡¡Mandrin!!...

—Sí, sí; tu esposo.

—Pero... ¿no has muerto?

—Gracias a Tiennot me he salvado, ya te lo explicaré... Todos me creen muerto... ¡Huyamos!

—¡ Sí, sí, huyamos !

EPÍLOGO

Algún tiempo después Voltaire escribía al enciclopedista d'Alambert :

Mi querido amigo: Mandrin no ha muerto ; se dice que gracias a una misteriosa intervención de una mujer que le amaba sin ser correspondida, un abominable criminal, igualmente condenado al suplicio de la rueda, recibió el castigo en su lugar.

Esto debe ser cierto, por cuanto yo recibí ayer la visita de un buen joven que se parecía a Mandrin, acompañado de una linda muchacha también parecida a Nicole.

Les he recibido amablemente y otorgádoles el castillo del Buen Reposo por representar ella la BELLEZA y él la JUSTICIA.

FIN

Próximo número:

El velo de la dicha

Obra de tesis, de asunto originalísimo, según la leyenda china descrita por **Mr. Clemençeau**

Postal fotografía de la hermosa divette

CLARA WINSOR

protagonista de la preciosa novela en prensa

Nelly, la bella modelo

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

COLECCION VD.

NUESTRAS PUBLICACIONES SELECTAS

Servimos números atrasados y colecciones completas, al mismo precio, remitiendo el importe por giro postal o sellos de correo, a

URGEL, 40, 2.º, 2.ª — BARCELONA

AGENTE GENERAL DE VENTA:

LIBRERIA ITALIANA

Rambla Cataluña, 125 — BARCELONA

AGENTES EXCLUSIVOS:

MADRID — MANUEL CASTRO,
Mazarredo, 4

VALENCIA — VICENTE PASTOR,
Nave, 15



EXIJA VD. BIBLIOTECA FILMS

QUE APARECE TODOS LOS MARTES

Imp. de DOMINGO GARROFÉ, Villarroel, 12 y 14 : BARCELONA